

RESPONSO

RUBÉN BAREIRO SAGUIER



Lo primero que intentó fue gritar, pero su voz no le salió. Luego se fue acercando despacito, moviendo los labios como si se estuviera rezando alguna oración olvidada hacía mucho tiempo. Se sentó al lado del compañero estibador, puso la mano enorme sobre las arrugadas manos del amigo, heladas pese al fuego de la siesta; acarició los duros dedos entrelazados como para darles calor y se tuvo allí largamente, callado, tratando de hallar el punto de la eternidad en el que Juan Kereu había fijado su mirada triste, viendo una cinta que corría dentro de su cabeza pasar la vida de los dos sobre los muelles, en los boliches del puerto, siempre a orillas del río. Ni Macuco, ni nadie del Guarnipitán podría imaginar a Juan muerto, tan luego él, que era el primero en resucitar todos los amaneceres con el arasy, esa madre del día que arrastraba la cambiante luz de la mañana, hasta que el sol explotara en el cielo.

Esa noche el bar “El Espinel” no abría al público, aunque la caña corría como agua del arroyo: había que apagar el incendio de la tristeza. No estaban muchos en el velorio de Juan Kereu; apenas los náufragos que el vendaval no había ahogado o arrojado a playas extrañas. El jefe político- no por

condescendencia, sino por temor-había salido garante del velorio ante las fuerzas de Mario Ferrario, que ocupaban el pueblo. Al antiguo “Juez Tigre”, convertido en flamante jefe político, le pesaba sin dudas la muerte de Juan. Habían dejado, cobardemente, que se cometieran todas las barbaridades; se habían hecho cómplices de ellas en su silencio fofo, cobarde, y ahora ese pequeño cuerpo inmóvil estaba allí, en su conciencia, como si todas las culpas se le hubieran vuelto, de golpe, una enorme bola de plomo, entre una y otra sien.

Afuera, los ladridos de los perros hacían eco a los tiros aislados y a las descargas de metralletas que agujereaban el oscuro silencio del pueblo muerto. El toque de queda había comenzado a las ocho y debía durar hasta las seis de la mañana. Este plazo corrió de boca en boca, de manera a que a las siete y media ya estaban todos reunidos los pocos asistentes del velorio de Juan, instalados en el boliche de Fidel Pyaguasu. Las cuatro o cinco mesas derrengadas habían sido llevadas al patio para dar lugar al extraño cajón rodeado de velones de cebo encastrados en golletes de damajuanas. Las sillas coloradas de madera pesada, a lo largo de las paredes, alojaban a la concurrencia: las pupilas comandadas por la madama Eloisa'i , en persona. Esa noche el quilombo no funcionaba, pese a la numerosa clientela de los soldados gubernistas. Varias mujeres, especialmente de la zona portuaria, entre las que se destacan la chipera Natí, la sirvienta de los Morales y su hija blancota y peluda, así como otras diseminadas en la penumbra. Y Macuco, Fidel, Lorito Cuarto, Pancho Latero, curandero de verrugas y otras especialidades, y alguno más. Especialmente los estibadores, los desechos del pueblo. Que ni siquiera el turbillón sanguinolento de los últimos días había podido tragar en su furia desatada.

Por la tarde se fabricó el féretro, y como el cajonero del pueblo había escapado y su casa desvalijada, se lo hizo en lo de Herrerito, el carpintero de los pesebres vivientes de fin de

año. Se lo construyó con tablas de pino, trozos de antiguos cajones de embalaje, que llevaban inscripciones diversas: “Made in USA”, “Téngase de pie”, “Coté a ouvrir”, “Standard Oil”. Se intentó disimular los letreros. Cajones que Juan habría llevado en hombros, ayudando a desembarcar. Del buque al muelle, del muelle al buque, del carro al pueblo, del pueblo a la muerte en donde se volvían a encontrar al viejo estibador, sentado en la eternidad, como si todo Guarnipitán no fuera sino el umbral de un más allá, el más acá del tiempo sobrevolando el pueblo, un cuervo que planea posarse sobre la carroña.

La disposición en que la rigidez cadavérica había plasmado la osamenta de Juan planteaba un problema. Se decidió hacer un cubo, respetando así el reposo eterno del amigo muerto. Se lo sentó dentro de la caja en una silleta de madera, con los brazos cruzados y la mirada fija, como se lo había encontrado en la puerta de su casa. Natí lo había afeitado, arreglado el bigote y calzado con las zapatillas para-para'i que usaba los domingos y fiestas de guardar. En cuanto a la almohada de hojas de naranjo, no tenía sentido ponérsela en la cabeza. De cualquier forma, no era el caso privar al amigo de su cabezal para el reposo, por lo cual se le puso a manera de cojín.

Nadie de los sitiados en aquella ciudadela de la muerte hablaba; el vaso pasaba de boca en boca, comunicando secretamente la pena que enmudecía a los asistentes. Todos miraban a Juan, sentado en la placidez de su caja mortuoria; no se pudo esconder uno de los letreros de las tablas: “Frágil”, decía la madera del frente. La serenidad de sus rasgos era la misma de siempre y cuando el temblequeo de las velas movía el bigote, el sombrero o las pestañas, o cuando las llamitas se paseaban por los globos fijos de los ojos, antojaba que, en cualquier momento, iría a decir alguna de las máximas con que oportunamente resumía cualquier situación.

Una sola vez se quebró el silencio con que los contertulios dialogaban con Juan Kereu. El jefe político vino hacia las dos de la mañana, acompañado por la gente del partido y varios oficiales de las fuerzas llegadas a la capital. Entraron silenciosos, desconfiados, mirando de costado, como los perros que intuyen el peligro o huelen el desprecio. El antiguo juez-tigre no pudo disimular su sorpresa cuando lo vio a Juan sentado en el cajón, mirándolo fijamente. Su perturbación fue mayor cuando Natí lanzó su lamento ronco, coreado de inmediato por las putas de Eloisa'i, que era la única inmutable. Más que llanto aquello parecía un coro de graznidos furiosos o, por momentos, aullidos de rabia. Pánfilo Paleta se iba demudando, y a los pocos minutos, ante la situación insostenible que se había creado, dio media vuelta y se marchó, seguido de su comitiva.

Quien no apareció para nada en el velorio fue el curita nuevo. Hacía poco que había llegado al pueblo. Siguiendo la tradición de sus predecesores, el pa'i Inocencio Laya, se ocupaba de incentivar la devoción de los fieles. Solo que en vez de ocuparse de las féminas, el flamante sacerdote se encerraba en la sacristía para la confesión de muchachos núbiles, para afirmar y acicatear la fe de la juventud en la etapa difícil de la iniciación incierta. El día siguiente, a la media mañana, se llevó el original féretro de Juan Kereu y se lo depositó cerca del muelle Lucero, al pie del añoso tataré de tronco quemado por los rayos que está en la lomadita, no lejos de la antigua casa del bastonero Antonio. Así podía ver las crecientes y las bajantes, controlar la corriente. Se lo puso de cara al río, su río, con la palabra "FRÁGIL" en la tabla del pecho, mirando las aguas correr o encabritarse súbitamente.

Desde allí vería pasar los camalotes con sus flores y las enormes víboras que se confundían con los tallos entrelazados del vegetal. Desde allí vería pasar los barcos con sus luces encendidas, sus mástiles y banderas, su olor a brea, sus

marinos con cara de puertos y sueños. Ya ninguno pitaba al pasar frente al Guarnipitán, ni atracaba en los muelles muertos, invadidos de agujeros, de musgo, de podredumbre. Hubo un tiempo, perdido en el recuerdo, en el que “Paquete”, capitaneado por Ramón García, como un fantasma, que otro espectro le respondía con un eco tardío que salía de debajo de la tierra o de entre las capas de tiempo y polvareda.

¿Alguna vez, acaso, Puerto de San Felipe de Borbón en el Valle del Bastan renacería? Es difícil saber pues lo habían inmovilizado, como a Juan Kereu, en los tablones, con los clavos y usando los instrumentos que Herrerito empleaba para fabricar su inmenso pesebre navideño. Habían enterrado entre las tablas los olores frutales, los del pasto fresco, el mugido de las vacas, el relincho de los caballos, la brea de los muelles, el asombro de los niños, las sonrisas de las adolescentes y la mirada ensombrecida de la gente de su pueblo, quizá con la esperanza de ver un día la nueva natividad de la Villeta del Guarnipitán, como aquel 5 de enero del año de gracia de 1778.